

# EL BOSQUE

Don Laureano



Image not found.

## Capítulo 1

Hombres y mujeres corriendo para estar de moda, perros monótonos que van por una pelotita, gatos abandonados que ronronean por sus trincheras, niños y niñas que vuelan irresponsablemente por un tobogán, horneros que se hacen oír, y de fondo unos bombos denotan presencia en el domingo peronista.

Árboles viejos y enormes. Árboles en una hilera anárquica le hacen honor a la primavera. Algunos no tienen suerte y mientras sus pedazos están en el cielo, ellos los usan de mesa para el termo. Estudiantes del interior que se encuentran con su alma; con una bici, un libro de Arlt y un mate, todo es suficiente. A los otros, los que tienen el torso desnudo y llevan un pantalón blanco, solo les es suficiente practicar con su sombra blanda y sus posturas corporales. Un sonido de murga dice presente.

Por la calle del medio, algunos puesteros hacen humo con alguna bondiola, una joven aprende a manejar y se pelea con su padre, mientras un viejito sigue pedaleando para satisfacer a su corazón que viene latiendo fuerte desde la Rotonda de Alpargatas. Más allá algunos viajeros le sacan fotos al Museo de Ciencias Naturales, donde un deportista sube y baja las escaleras con la boca abierta. A lo lejos se escucha y se ve un tumulto de camisetas blancas y azules y azules y blancas que tiran cohetes y hacen sentir sus bombos.

Un pasto acolchonado para hacer abdominales, para elongar. Unos policías que andan a caballo miran las piernas de las *runners*. Del otro lado, algunas familias intentan sacar alguna mojarrita de ese lago algo mal cuidado.

Algunos entran al zoológico, otros eligen el choripan antes de entrar al Zerrillo. Va cayendo más gente de azul y blanco. Algunos en familia, otros son unos pibes que traen sus banderas y sus cajas de Uvita. Están algo embriagados, sí, pero no molestan a nadie; es parte del ritual. Los policías los huelen de cerca.

Los seguidores entran a su estadio porque es la hora del comienzo de la fiesta, del momento esperado, donde las libertades se abrazan en un grito. El hornero vuelve a hacerse escuchar pero cuando hay un gol, se siente esa palabra suprema en el cielo, como si fuera un alma gigante que reparte placeres gratuitos. Un alma que emite un bramido profundo.

Así es el bosque.